



LA VIDA
DE MARCELINO CORDAL

David López Vizcaíno

LA VIDA
DE MARCELINO CORDAL



Primera edición: julio 2021

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© David López Vizcaíno

ISBN: 978-84-18828-36-2

ISBN digital: 978-84-18828-37-9

Depósito legal: M-19722-2021

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A mis padres.
A nuestros mayores.

Prefacio

Querido lector, la novela que vas a leer relata el viaje que realicé en agosto de 2019. Mi tardanza en escribirla se ha debido a no haber contado con tiempo libre suficiente ni disposición adecuada hacia la tarea de escribir. Así pues, sin proponérmelo, di tiempo a que aconteciesen hechos importantes que han venido a enriquecer la vida de Marcelino Cordal y que merecen ser contados.

Disfruté del viaje y escribiendo la novela. Solo espero que disfrutes leyéndola.

Gracias por tu atención en nombre de Marcelino Cordal, de los otros protagonistas que por la novela desfilan y en el mío propio.

Lilián

Estación de Madrid-Chamartín, diez de la noche. Quedaban menos de quince minutos para que partiese el tren Madrid-Ferrol, pero aún no figuraba en el panel informativo de salidas. Los pasajeros no sabíamos a qué vía teníamos que ir para subir al tren que nos llevaría al destino elegido.

—Muchas personas empezarán a ponerse nerviosas —comentó la mujer que estaba a mi lado.

—Creo que muchas ya lo están —dije.

—El nerviosismo y la impaciencia pueden crear situaciones cómicas. Mire a su alrededor.

Observé a pasajeros que no eran capaces de estar quietos; se movían y removían en los asientos que ocupaban en los bancos de espera; parecían sufrir algún tipo de incontinenia o escozor insufrible. Una madre pidió a su hijo pequeño que dejase de comerse las uñas; este no obedeció y ella le dio un manotazo en la mano en la que estaba practicando una manicura tan poco ortodoxa; el niño se cruzó de brazos y frunció el ceño. Una señora regresó junto a su marido; le dijo que en información seguían sin saber nada; este emitió un exabrupto contra el transporte ferroviario; ella le pidió que se calmase; él se agachó para subirse un calcetín, haciéndolo con tanta fuerza que lo desgarró, lo que le llevó a desbarrar, esta vez contra la industria textil.

—Tiene razón —dije—. Los que nunca pierden la paciencia ni la sonrisa son los que más disfrutan y primero superan los contratiempos.

Los pasajeros se sintieron aliviados cuando se anunció en el panel informativo de salidas la vía en la que se encontraba el tren. Tomaron sus equipajes y se dirigieron hacia la escalera mecánica que llevaba al andén correspondiente.

—Algunos viajeros andan tan acelerados que pueden tropezar y caer —comenté.

—Quizá seamos los últimos en subir al tren, pero iniciaremos el viaje a la misma hora que los primeros —dijo mi acompañante desconocida.

Ante la escalera mecánica, me eché a un lado para que la señorita pasase antes que yo; también lo hizo un numeroso grupo de jóvenes mochileros, que se interpusieron entre la desconocida y yo. Detrás de mí no venía nadie; pensé: «Seré el último pasajero en subir al tren».

La casualidad quiso que me encontrase otra vez con la señorita con la que había conversado minutos antes.

—¡Compañeros de viaje! —dijo ella con expresión y entonación amables.

—¡Sí! Coincidimos en el vestíbulo de la estación y coincidimos en el tren.

—¿A dónde se dirige?

—A Lugo.

—Yo también.

—Tercera coincidencia.

El tren inició la marcha de manera suave, casi imperceptible.

—Me llamo Lilián, ¿y usted?

—David. Pero no me trate de usted; siento que me echa diez años encima.

—Le tuteo si me tutea.

—De acuerdo.

El andén quedó atrás en un minuto.

—Parece que en este vagón los únicos pasajeros seremos nosotros —dijo Lilián.

—Tanto mejor. Nadie nos molestará, a nadie molestaremos y dormiremos cuando nos venza el sueño.

—Podremos conversar.

—Crucemos los dedos para que no suban pasajeros a este vagón.

El tren iba ganando velocidad.

—Me gusta viajar en tren —dijo Lilián—. Los trenes, por muy modernos que sean, siempre conservarán una parte del romanticismo que debieron tener hasta no hace tantas décadas. Además, son puntuales, limpios y cómodos.

—Ahora los trenes son rápidos, puntuales, limpios y cómodos, pero en aquella década en la que fui niño eran lentos, no siempre cómodos y muchas veces impuntuales. Sin embargo, recuerdo con cariño aquellos viajes en aquellos trenes.

—¿Recuerdas tu primer viaje en tren?

—¡Sí, claro! Debía tener seis o siete años. Mis padres y yo llegamos a la estación de Príncipe Pío, más conocida en aquel entonces como estación del Norte, con tiempo suficiente para cenar en un bar unos bocadillos de tortilla de patata con pimientos y una fruta. Recuerdo el movimiento de pasajeros y maleteros por los andenes. El viaje lo hicimos en litera. Para mí fue casi una aventura.

—¿Cuál era el destino?

—Lugo.

—¿Y cuál fue tu último viaje en tren?

—De Lalín a Madrid en agosto de 2001.

—¡Hace dieciocho años!

—Sí. Al año siguiente compré mi primer coche y dejé de viajar en tren. Por eso, este viaje tiene una parte de reencuentro con el tren.

El tren pasaba a gran velocidad por estaciones en las que no efectuaba parada; en esas estaciones había personas esperando el tren de cercanías que les llevase de vuelta a casa; esas personas, inmóviles, viendo pasar el tren, parecían maniqués.

—Mi primer viaje en tren fue de Lugo a Ávila, de una ciudad amurallada a otra.

—De una muralla romana a otra románica.

—Ávila está entre las ciudades españolas que más me gustan por su riqueza artística y sosiego.

—Tengo la misma opinión. Y nunca hago pereza para visitar Ávila.

—Sin embargo, me gustaría más si no hubiese perdido su anterior nombre, Ávila de los Caballeros.

—Así la llamó el rey Alfonso XI de Castilla en la primera mitad del siglo XIV, nombre que perdió en la segunda mitad del siglo XIX. No sé quién tuvo la mala ocurrencia, o mala uva, de quitar el apellido «de los Caballeros» a tan bella ciudad. Seguro que fue alguien que suspendió Historia en el colegio o en el instituto por no saber la historia de Alfonso XI de Castilla; desde entonces se la tenía jurada al rey y se vengó de él en perjuicio de Ávila.

Reímos.

—Iniciaré una campaña de recogida de firmas para que Ávila vuelva a llamarse Ávila de los Caballeros.

—Lilián, cuenta con mi firma. Además, elevaré un escrito al señor alcalde de Ávila para que atienda la petición de cambio de nombre de la ciudad, porque las ciudades tienen que tener nombre y apellido, igual que las personas.

Volvimos a reír.

—Ciudades con nombre y apellido son Jerez de la Frontera, Conil de la Frontera y Chiclana de la Frontera, en la provincia de Cádiz —dijo Lilián a gran velocidad.

—Jerez de los Caballeros, Villafranca de los Barros y Villanueva de la Serena, en la de Badajoz —dije yo, intentando ser tan rápido como mi compañera de viaje.

—Aranda de Duero y Miranda de Ebro, en la de Burgos.

—Alcalá de Henares y San Sebastián de los Reyes, en la de Madrid.

—Medina del Campo y Medina de Rioseco, en la de Valladolid.

—San Vicente de Alcántara y Valencia de Alcántara, en la de Cáceres.

—Ganaríamos el concurso de la televisión.

—¿Qué concurso?

—Aquel en el que preguntasen ciudades con nombre y apellido.

Nos reímos a mandíbula batiente.

El revisor entró en nuestro vagón, vino hasta nosotros y nos pidió los billetes; se los mostramos; mientras los comprobaba preguntó:

—¿Su viaje está siendo agradable?

—Sí, muy agradable, y divertido —dijo Lilián.

El revisor nos devolvió los billetes.

—¡Feliz viaje y buenas noches! —nos deseó el revisor.

—¡Buenas noches! —dijimos Lilián y yo a dúo.

El revisor siguió haciendo su trabajo en otro vagón.

—Mi segundo viaje en tren fue corto, de Ávila a Madrid. Soy lucense, pero decidí estudiar Imagen y Sonido en Madrid. Soy lucense y fotógrafa.

—Soy madrileño y profesor de enseñanza secundaria.

—¿De qué especialidad?

—Historia.

—Madrileño, pero tienes un poco de acento gallego.

—Mi madre es lucense.

—¿Y tu padre?

—Segoviano.

—Madrileño, mitad gallego, mitad castellano.

—Como tantos de mi generación; hijo de emigrantes llegados a Madrid en los años cincuenta y sesenta del siglo XX, que encontraron trabajo, se conocieron y formaron una familia.

—Yo soy hija y nieta de lucenses.

Por el tiempo transcurrido, el tren debió haber salido de la provincia de Madrid y entrado en la de Ávila.

—¿Qué motivo te lleva a viajar a Lugo? —pregunté.

—Son dos los motivos: el primero, visitar a mi madre y a mi abuelo, con ellos pasaré unos días de descanso; el segundo, asistir la próxima semana a la inauguración de la exposición de mi última serie fotográfica en Lugo, en Muralla Romana, un establecimiento

mitad restaurante, mitad galería de arte, propiedad de mi amiga Carla Lois.

—Hace unos minutos, dijiste que eras fotógrafa, cuando en verdad eres artista. Mi enhorabuena y admiración por serlo, por crear belleza, y mi gratitud por compartir tus creaciones.

—Tengo una agencia de publicidad y soy profesora asociada en la Universidad Complutense de Madrid, donde imparto la asignatura de Fotografía en el Grado de Comunicación Audiovisual, pero siempre digo que soy fotógrafa porque la fotografía es mi pasión.

—Pasaré unas semanas en Galicia. Tendré tiempo para visitar tu exposición. ¿Qué voy a encontrar en ella?

—Se titula *Retratos de Melleiros*. Son doce retratos de personas vinculadas a oficios tradicionales en Melleiros. Son fotografías en blanco y negro y de tamaño póster.

—¿Por qué en blanco y negro?

—Para potenciar la expresividad de los personajes retratados y dotarlos de atemporalidad.

—Como espectador, y desde mi ignorancia de la fotografía, me atrevo a afirmar que, muchas veces, las fotografías en blanco y negro son más elegantes que las fotografías en color.

—Muchas veces sí son más elegantes, pero el fotógrafo tiene que decidir si las fotografías han de ser en blanco y negro o en color en función de qué va a fotografiar y con qué intención.

—Creo que la fotografía es una manifestación artística tan fascinante como la pintura o la escultura.

Nuestro tren se cruzó con otro de mercancías.

—Y a ti, ¿qué razón te lleva a visitar Lugo?

—La última vez que estuve en Lugo fue en agosto de 2016, después de más de una década. Fue un viaje familiar, con mis padres. Estuvimos una semana. Visitamos a familiares de mi madre. Fueron días agradables. La ciudad me causó muy buena impresión. Me prometí volver a Lugo, y a otros sitios que desde hace tiempo no visito. Todos esos sitios los quiero ver con otros ojos, con los de un viajero de antaño, que viajará sin

prisas e irá tomando notas con la intención de escribir un relato del viaje.

—Los libros de viajes siempre me han gustado. Mi favorito, por su sencillez, es *Viaje a la Alcarria*, de Camilo José Cela.

—De Camilo José Cela también me gustan *Del Miño al Bidasoa* y *Viaje al Pirineo de Lérida*.

—Escuché a Camilo José Cela decir que lo primero que escribiría de un libro era el título. ¿Qué título va a llevar el relato del viaje que vas a escribir?

—*Viaje al kilómetro 0*.

—¿Dónde va a terminar tu viaje para que lleve un título tan sugerente?

—En Lalín, provincia de Pontevedra, a mitad de camino entre Orense y Santiago de Compostela. Allí tengo familiares a los que no visito desde hace años. Va siendo hora de hacerles una visita. Será una sorpresa; no me esperan.

—¿Qué ruta vas a seguir?

—De Lugo a Friol, donde están enterrados mis abuelos maternos, nació mi madre y vive parte de mi familia, el monasterio de Santa María de Sobrado de los Monjes, Mellid y Lalín, que presume de ser el kilómetro 0 de Galicia y es capital de la comarca de Deza, donde hay mucho que ver y comer. Por último, también visitaré el monasterio de Santa María la Real de Oseira.

—Has citado sitios que conozco, que me causaron una honda impresión por su espiritualidad y monumentalidad, como los dos monasterios que has mencionado. Y en Lalín estuve hace años, asistí a la Feria del Cocido, comí muy bien.

—La Feria del Cocido es la fiesta más conocida de Lalín. Se celebra desde 1968, en 2010 fue declarada Fiesta de Interés Turístico Nacional y en 2020 será declarada Fiesta de Interés Turístico Internacional.

El tren fue perdiendo velocidad hasta detenerse en la estación de Ávila. Por la ventanilla, vi bajar del vagón vecino a una mujer joven; se dirigió hacia la única persona que esperaba en el andén, un

hombre que manifestó su alegría yendo hacia ella con una sonrisa y con los brazos abiertos; se abrazaron y besaron. El tren reanudó la marcha.

—Estás pensativa.

—Te quiero proponer...

—Te escucho.

—¿Alguna vez has cambiado de planes sin pensártelo?

—Alguna vez he hecho cosas sobre la marcha, sin pensarlas.

—¿Por ejemplo?

—Hace años, si una mañana cualquiera me apetecía viajar, iba a la estación de Chamartín, o a la de Atocha, y compraba un billete para el primer tren que me sacase de Madrid. Me daba igual el destino.

—Siendo así, ¿quizá no te importe cambiar tu viaje por otro?

—¿Qué otro viaje has pensado para mí?

—Este tren se detiene en Cruces.

—He pasado por Cruces varias veces, pero no conozco esa localidad.

—Tampoco conoces a Marcelino Cordal.

—¿Quién es Marcelino Cordal?

—Una persona con una vida que merece ser contada en un libro. Por aquellos sitios por los que ha pasado sigue siendo recordado. Si no se escribe su historia se perderá.

—Tú le conoces, tú has de escribir su historia.

—Soy fotógrafa, no escritora.

—Puedes ser tan buena escritora como fotógrafa.

—Te has propuesto escribir un relato sobre el viaje que has planeado; pues bien, solo tienes que cambiar de viaje y escribir otro relato, *La vida de Marcelino Cordal*. Ya tienes el título del libro; lo demás es fácil.

—He planeado un viaje que me llevará a visitar a familiares que no veo desde hace años.

—Familiares que no te esperan.

—No me esperan porque no les he avisado de mi llegada.

—El viaje que ibas a hacer lo puedes posponer. Primero un viaje y luego otro. También puedes empezar el viaje que te he propuesto y si no lo ves interesante retomas el que habías planeado.

—¿De qué conoces a Marcelino Cordal?

—Le he fotografiado en varias ocasiones.

—No me interesan los modelos.

—No es modelo.

—¿Qué es?

—Ha sido y es muchas cosas.

—¿Qué te une a él?

—Haz el viaje y lo sabrás.

Miré el reloj.

—Ya es más de medianoche. No te haré más preguntas. Te dejaré dormir.

—Vale. Yo duermo y tú meditas la propuesta que te he hecho. No te arrepentirás si cambias de viaje.

Lilián cerró los ojos. En unos segundos su semblante reveló que había caído en un sueño profundo.

Tenía que decidir qué iba a hacer en unas horas. La opción racional era ajustarme al viaje que había planeado; la irracional, apelar al espíritu aventurero de juventud y aceptar la propuesta de Lilián. Sin embargo, decidí conciliar el sueño; pasada la medianoche era lo más sensato que podía hacer.

